EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 50. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 14 DE DICIEMBRE DE 1862. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tres asciendan hasta ahora los comunicados que el marqués de Villamediana ha publicado con motivo de la causa seguida contra el que dice llamarse Claudio Fontanellas. En el primero participaba al público que habia denunciado el folleto del señor Caso y que no le contestaba por que asi se lo habia aconsejado un distinguido jurisperito: en el segundo anunciaba que habiéndose celebrado entre su procurador y el del señor Caso juicio de conciliacion, no obstante haber resultado avenencia y dádose aquel por satisfecho con las esplicaciones obtenidas por parte del demandado, el señor marqués pensaba seguir el negocio adelante; por último, en el tercero afirma que aun cuando resultase cierto que el individuo preso y perseguido judicialmente en Barcelona, es el genuino Cárlos Fontanellas, todavía el señor *marqués no se encontraria afectado* en sus intereses por esta sentencia, pues nada tendria que entregar de la herencia paterna que su esposa ha recibido. Creemos que el marqués de Villamediana no ha consultado con su abogado la publicacion de los dos comunicados últimos.

La causa Fontanellas debe verse en breve en la audiencia de Barcelona, si ya no se ha visto: y segun cuentan algunos periódicos, el fiscal de aquella audiencia ha estado en Madrid *llamado por el gobierno*. Sin duda el gobierno, cuyos miembros han leido el folleto del señor Caso, ha querido informarse mas por menor del asunto, en cumplimiento de la obligacion que la constitucion le impone de cuidar de que en todo el pais se administre recta y enteramente la justicia.

La escitacion causada en la semana anterior por este célebre proceso, ha cedido algun tanto para dar lugar al interés producido por los discursos del general Prim en el Senado sobre la cuestion de Méjico. Los que no han podido asistir á las tribunas de aquel cuerpo colegislador ó no han logrado penetrar en ellas, han leido con avidez los estractos de las sesiones publicadas en los periódicos. La pregunta general desde el martes último en que comenzó su discurso el señor Prim hasta el juevES en que lo concluyó, era en todas partes:—¿Qué ha dicho hoy Prim?

Tres objetos se propuso este general en su peroracion de tres dias: 1.° demostrar que habia obrado en el fondo y en los detalles con arreglo á las instrucciones recibidas del gobierno; 2.° probar que su política en Méjico ha sido la mejor y mas conforme á los intereses de España; 3.° contestar á las censuras y acusaciones de que ha sido blanco en nuestro pais y en el estranjero.

Esta discusion continua; y sin duda para poder entrar en ella con desembarazo, el general don José de la Concha, embajador en París, que llegó el martes á esta capital, ha hecho dimision de su cargo. Además del general Concha tomará parte en los debates el general Pavía, que se propone contestar al señor Prim en la totalidad. El marques de Miraflores sostuvo el viernes una enmienda para esponer su especial modo de ver las cosas. Creemos por tanto que la discusion del mensaje en el Senado, será mas larga que de costumbre y durará todavía una semana.

Los griegos han decidido elegir rey y elegirlo por medio del voto universal. Desde los tiempos de Aristides no se habia visto en Atenas cosa semejante. ¡Y luego *habrá quien esclame recedant vetera*, atrás lo viejo, vengan cosas nuevas! Preciso es confesar (á lo menos esta es la opinion de los atenienses) que hay cosas viejas que deben conservarse. Por nuestra parte podemos decir que preferimos el vino viejo al nuevo, muchos libros antiguos á los modernos, los amigos viejos á los nuevos, y el método de eleccion ateniense á otros métodos de estos tiempos. No se crea, sin embargo, que nuestra aficion á lo antiguo llega hasta preferir las viejas *á las mozas, el bacalao seco al fresco, lo carcomido* á lo que no tiene carcoma, el caballo de quince años al de seis, el arcabuz antiguo á la carabina moderna, la clásica tartana al veloz coche del ferro-carril.

Y aunque parezca que en esto somos eclécticos, no hay tal ec'ecticismo. Hay cosas que ganan con los años, que se mejoran y progresan con el tiempo: y el conservarlas y apreciarlas es obedecer á la ley del progreso. Hay otras á quienes el tiempo deteriora, desfigura, vicia y corrompe, y esas son las que deben destruirse ó abandonarse para reemplazarlas por otras. Por lo mismo tanto se obedece á la ley del progreso, prefiriendo el vino añejo al nuevo, como desechando el carromato por el cómodo coche del tren; y tanto se rinde culto á lo bello y á lo bueno amando un libro antiguo que lo contenga, como una produccion moderna que lo resuma en sí.

En París se ha inaugurado un nuevo *boulevard*. Llámase asi una calle larga y ancha, con grandes aceras y árboles á los lados. La noticia ha llegado por el telégrafo, difundiéndose rápidamente por todo el universo el conocimiento de que la inauguracion se habia verificado sin novedad. El telégrafo bien sabia lo que se hacia al darnos esta nueva, que al parecer no es importante. Habianse hecho tantos presagios fúnebres; habíase dicho tanto de proyectos tenebrosos, de máquinas infernales, de bombas á lo Orsini, y de las diferentes cabezas que acababan de nacer á la histórica hidra de la anarquía, que los corresponsales telegráficos, al ver que nada habia pasado, debieron decir: *vamos á quitar un gran peso del corazon de la Europa y aun del mundo*; vamos á desvanecer con cuatro palabras la ansiedad universal; vamos á participar á la humanidad aturdida y contristada que el mundo no se acaba por ahora, pues que el *boulevard* del príncipe Eugenio se ha inaugurado sin novedad. Y lo hicieron, y el mundo respiró.

Este pobre mundo no gana para sustos y á cada momento está temiendo sumergirse en el caos. Pero á bien que ahora, *segun dicen* los periódicos de Cádiz, se acaba de inventar en aquella ciudad un medio de impedir la sumersion de toda nave, cualesquiera que sean sus dimensiones. Los que dirigen la nave del Estado deben aprovechar el descubrimiento y comprar el privilegio, á fin de que los pobres tripulantes que vamos embarcados sin saber como ni adonde, tengamos á lo menos la seguridad de que no nos ha de pasar el agua del cuello. El inventor, no solo ofrece hacer insumergibles los buques, sino tambien sacar á flote cualquiera de ellos que esté ya sumergido, y esto con la mayor facilidad. Examínese, pues, el descubrimiento, y que la ciencia y la esperiencia llamadas á consulta, digan si es ó no aplicable.

Otro invento: este no es de un español, sino de un aleman llamado Meinherr Lehuer. Trátase de una cerradura-avisador, de tal combinacion, que nadie pueda abrirla sino quien tenga el secreto y conozca su meca-

nismo. Si algun profano se atreve á intentar la apertura del mueble á que se haya aplicado, la cerradura-avisador produce un ruido infernal, que se oye, no solo en toda la casa, sino en todo el barrio, avisando á los vecinos de que han llamado á la puerta de un cofre ó de una arca de un modo profano. Con esta cerradura, dicen algunos que son imposibles los robos. ¡Imposibles! Eso será en Alemania: por aquí los ladrones hilan mas delgado; y habiéndose elevado á ciencia el arte de robar, hay ladrones mecánicos, hidráulicos, físicos y químicos que conocen todas las fuerzas de la naturaleza, todos los resortes de las máquinas, y todas las vueltas de las llaves.

El museo anatómico de Barcelona ha adquirido últimamente un feto de todo tiempo con dos cabezas perfectas. Este fenómeno es bastante raro. Personas de dos caras ya habíamos visto muchas, con una sola cabeza y esa poco desarrollada en la médula cerebral; pero dos cabezas son una singularidad notabilísima y muy digna de estudio.

En la semana última se ha representado en Variedades la comedia el *Hombre libre*, del señor Larra. El éxito ha sido bueno, sin ser un triunfo. El teatro de la calle de Jovellanos ha puesto en escena la zarzuela en un acto *Los Mellizos*, letra del señor Camprodon. No es mas que un juguete; tiene escenas de buen efecto, y otras que se resienten de languidez. El argumento es en estremo sencillo, tanto que despierta poco interés: el diálogo es bueno en lo general. La Leonardi desempeña bien su papel y Salas hace un perfecto veterano. En cuanto á la Rivas, puede reconciliar con las viejas al mas amante de lo nuevo.

En el Príncipe ni en el Circo nada nuevo esta semana. Tampoco hay novedad en Lope de Vega; pero hay buenas vejeces dignas de saborearse.

En Novedades se representa un drama titulado el *Dinero*. Este teatro, además de los niños Valero y Ros, tiene una actriz muy simpática y de grandes esperanzas que es la Ortiz. En cuanto al drama, ha tenido mejor éxito que otros.

El miércoles se cantó en el teatro de Oriente la *Lucía* ante una numerosa concurrencia. La Lagrange se distinguió como siempre cantando con la maestría y de idea de sentimiento que tantos aplausos le ha conquistado en todas ocasiones. Fraschini es un artista de grandes recursos é inteligencia y logró tambien hacerse aplaudir. El público salió satisfecho.

¿Se acuerdan nuestros lectores del proyecto de una esposicion general hispano-americana? Seguramente que no. Pues bien, para refrescar su memoria, diremos que el dia 17 del corriente concluye el plazo marcado para la presentacion de los proyectos del palacio donde se han de albergar los productos de esa esposicion. Segun parece son seis los proyectos presentados. ¡Qué tal! La cosa marcha y con viveza. Creemos que en 1864 ya sabremos á que atenernos sobre el plan de construccion que ha de llevarse á cabo.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CUATRO PALABRAS

SOBRE LA ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

(CONTINUACION.)

VI.

La representacion artística de acontecimientos históricos recientes corre de continuo el riesgo de que el espectador, como testigo de vista ó poco menos, busque en ella tanta realidad y tales pormenores como si se tratase de examinar un documento auténtico que reprodujere el hecho con toda exactitud y minuciosidad, y no una obra de imaginacion en que todo se sacrifica á la belleza. Las cosas vistas de cerca presentan mas los accidentes que el conjunto; lo mismo sucede respecto de la historia que de un objeto cualquiera, y en esto se funda sin duda la antigua máxima poética que aconseja traer á la escena personajes de remota edad para que la imaginacion pueda engalanarlos y reproducirlos con energía y grandeza sin que lo estorben impertinentes manchas y accesorios de aquellos que á la larga desaparecen de la memoria del público.

Sin embargo, cuando en un acontecimiento sobresale un gran carácter, cuando la importancia dramática puede fijarse en una ó varias personas, aun puede el artista eclipsar con ellas la parte accidental que las rodea y disponer de la atencion del espectador concentrándola en un solo punto; pero esto no sucede cuando se trata de un hecho colectivo, menos aun, cuando se trata de una escena ceremonial como un acto de oficio, en que personajes, actitudes, colocacion, localidad, todo en suma está marcado, de forma que apenas queda espacio á la fantasía del pintor, el cual se encuentra reducido á escoger un buen punto de vista, ser correcto en el dibujo y aprovechar los efectos posibles de luz para realzar las armonías del colorido.

En este caso se ha encontrado el autor del cuadro que representa el *Juramento de las Córtes de Cádiz*. El asunto es una ceremonia cuyos personajes principales ocupan un lugar preferente por razon de oficio y no por calidades propias ni por su personal valía, fuera de que ni aun figuran en la escena por sí mismos, sino á nombre y como representantes del pueblo español; así es que todos pueden considerarse como una sola entidad, como la personificacion de España que protesta ante Dios con solemnes demostraciones guardar y defender su fé y su independencia. El hecho es por lo tanto una alegoría tomada de la realidad, pues no otra cosa encierra el simbolismo del juramento.

A nuestro juicio para interpretar bien un asunto de esta índole es fuerza aceptar todas sus dificultades, sin empeñarse en evitar un realismo necesario ni desfigurar la verdad con un artificio afectado é importuno. Además algo debe respetar el arte sobre los caprichos de la imaginacion, y en buen hora puede sacrificar parte de su libertad cuando en desquite se reflejan en él las glorias que simboliza, el heroísmo que recuerda y el ejemplo vivo que ofrece. Ni es por cierto inferior el mérito del artista porque reproduzca en su obra el pasaje de un relato histórico con todos sus pormenores, antes por el contrario puede ser tanto mayor, cuanto mas sean los obstáculos que tenga que vencer para dar á su cuadro la sencillez y carácter de verdad propios del asunto.

El señor Casado, pintor á quien nos referimos, parece haber tenido la bastante fuerza para sobreponerse á las mayores dificultades, y cosa estraña, ha carecido de ella para salvar precisamente las de mas fácil resolucion.

La escena está perfectamente presentada sin que perjudiquen á su carácter histórico ciertas licencias en la disposicion de las figuras incompatibles con la estricta realidad de una ceremonia, si bien algunos accidentes de poquísima importancia pudieran aparecer como reparables.

La composicion se halla dividida en dos grupos principales; en el uno vénse el arzobispo que recibe el juramento, rodeado de sus asistentes, un macero y un ministro, y en el opuesto y á lo lejos, sirviendo de union entre ambos, los representantes de la nacion, entre los cuales aparecen algunas figuras conocidas, todos colocados en posiciones variadas y en actitud de jurar. Detrás del primer grupo se eleva un altar con tabernáculo, y cierra los últimos términos una de las naves cruceras de la iglesia, copiada de la misma en que se verificó la solemnidad.

Resueltas por el pintor las dificultades de la composicion, escogido con acierto el punto de vista para que sin violencia apareciese ante el espectador toda la escena, y animado el conjunto de la obra por un colorido rico, armonioso y brillante, parecia fácil precisar la significacion del cuadro, supuesto que bastaba para ello cuidar de que los accidentes marcasen la época y lugar de la accion; pero lejos de hacerlo así el artista, creyó lícita libertad la de mezclar tipos estranjeros entre las figuras y de dar forma estranjera á los trajes ceremoniales, justamente á los que llevan en sí un distintivo de nacionalidad.

En un cuadro de otro género el reparo fuera nimio é importuno; pero cuando por razon del asunto, tienen tal importancia los accesorios, cuando la calidad esencial de la obra ha de ser su carácter nacional, cuando el hecho representado es á un tiempo mismo realidad y alegoría donde no puede haber pormenor ocioso ni insignificante ¿cómo justificar tal licencia? Si otros fueran los medios de dar á conocer con toda precision el asunto, poco importaria prescindiera de los accidentes, pero no hay manera de representar un hecho colectivo español, sino retratando tipos españoles, ni de indicar que la accion pasa dentro de España, sino reproduciendo con propiedad cuantas cosas, por secundarias que sean, la demuestren así á primera vista.

Otros defectos artísticos de mayor importancia, técnicamente considerados, ofrece el cuadro en la incorreccion de dibujo de algunas figuras, en la desproporcion de otras y en la falta de energía de las mas; y sin embargo los encontramos menos reparables, porque sobre la parte de habilidad del pintor, está para nosotros la que consideramos como circunstancia esencial de la obra. El cuadro, pues, en nuestro concepto es una buena produccion de colorido agradable, armonioso, pero que pasaria por anónima sino determinase su significacion por completo el lugar para que ha sido pintada.

Por último, aunque prescindiésemos de las consideraciones espuestas, aunque el amor del arte por el arte nos llevase á admirar la belleza sin referirla á nada, todavía la que encontramos en este cuadro, aun reconocida en él no poca, no seria bastante para compensar sus defectos, de lo cual sin embargo no culparíamos á el autor, sino al asunto, que de no estar interpretado con todos sus requisitos, esto es, de no ser en el cuadro lo que debe, tampoco se presta á ser lo que la inspiracion del artista quiera.

Muy al contrario que el anterior, el cuadro que representa á *Calpurnia soñando el trágico fin de César*, ofrece á la imaginacion ancho espacio para lucir cuantas dotes puede atesorar la mas fecunda inventiva. Grandeza de formas, armonía de color, riqueza de accesorios sin menoscabo del interés principal, vaguedad fantástica, todo cabe en este asunto, todo menos otra representacion que rivalice con él en importancia, menos la presencia de un personaje que no pueda pasar por secundario, menos la figura de César tal como el artista la ha concebido.

Calpurnia es una creacion bellísima, clásica de forma, (aunque el pincel no haya podido interpretar fielmente en toda ella la inspiracion del autor), dramática, interesante, en suma; un cuadro completo con los accesorios que inmediatamente la rodean. Pero junto á su lecho está César, cuya figura no solo desune la composicion por el lugar en que está colocada y hasta por el espacio material que ocupa, sino que por el personaje que representa, por la importancia que en sí tiene, y por la asociacion de ideas que trae á la mente del espectador, viene á ser otro asunto contrapuesto al primero: el uno es César que escucha un delirio profético: el otro es Calpurnia que sueña; la figura de esta es la principal y su accion la accion del cuadro, porque así lo ha querido el pintor; mas la de aquel es tambien figura principal y su accion la mas interesante, porque así lo vé el espectador, porque así le obligan á verla los recuerdos que despierta aquella imágen, y la inseparable aureola que la rodea.

El interés artístico y el histórico se contrastan y perjudican, ó mejor dicho aparecen como incompatibles en la obra, lo cual es tanto mas de notar por cuanto á la belleza y espresion de Calpurnia se opone el incorrectísimo dibujo y desagradable disposicion de la figura de César.

De igual manera el colorido aparece desigual y poco grato: la luz artificial que baña la frente de Calpurnia y las ropas de su lecho seria de grande efecto y aun daria cierta apariencia fantástica harto oportuna, si el tinte rojizo del resto del cuadro no hiciese monótono el conjunto, perjudicando no solo á la armonía sino á la verosimilitud de la entonacion en general. Parece pues que el propio ingenio del autor protesta contra la parte débil de la obra, negándose á imaginar para ella todas las bellezas que acumuló en la opuesta, dejando así indecidos su elogio y su censura.

De buen grado continuaríamos examinando los restantes cuadros de historia presentados en la esposicion, y si los hubiese diferentes en la calidad de su mérito á los que hemos mencionado, no dudaríamos en hacerlo aun á riesgo de abusar de la paciencia de los lectores: mas por no repetir las mismas consideraciones hasta aquí espuestas, lo cual no podriamos evitar, porque ni nuevas bellezas ni nuevos defectos se encuentran en dichos cuadros, preferimos consagrar nuestros últimos artículos á los demás géneros de pintura. Creemos que lo que mas importa dar á conocer es el estado del arte, analizando al efecto las obras que basten para el caso: respecto del número de artistas que han competido en la presente esposicion y de sus producciones, el catálogo es mas elocuente que nosotros, y respecto de su mérito individual, dejamos á mas competentes críticos el cuidado de juzgarlo, contentándonos con trazar el nivel en que á nuestro juicio se encuentra hoy la pintura, sin referirnos á personas.

J. F. G.

LA ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.

TURQUÍA Y EGIPTO.

XIII.

Los departamentos turco y egipcio en la Esposicion han ofrecido al observador la misma originalidad y riqueza que el departamento de la India, al cual dedicaremos tambien un artículo especial. Los objetos exhibidos por la Turquía han tenido la doble recomendacion de la escelencia y la baratura; así es que la Turquía no solo ha obtenido abundancia de medallas en este certámen industrial, sino que ha conseguido otra cosa muy importante tambien para los esponentes, á saber; la venta de casi la totalidad de los géneros espuestos. Sus tejidos de seda, lana y algodon, han sido solicitados igualmente con estraordinario afan por el público, y sus alfombras y tapices han llamado de tal manera la atencion, que se cree que sus fabricantes arrojarian fácilmente á los de Inglaterra, Francia y Bruselas de los mercados europeos si se lanzaran con energía á la competencia en el torbellino de estos mercados. Solo en la Turquía y en la India se hallan en efecto tejidos de tal calidad y armonía de colorido. La imitacion de una alfombra turca es tan difícil como la de un manton de Cachemira. Nada puede igualar en belleza y finura á las alfombras de Angora y las cachemiras exhibidas en este departamento. Las muselinas bordadas de oro, vaporosas como blancas nubes, y los brocados de oro y seda de Brensa, han eclipsado á todos los tejidos y bordados de su género espuestos en el palacio de Kensington. Su esquisita delicadeza y su combinacion de colores se hallan casi esclusivamente en los bazares de Constantinopla. Los franceses han introducido en el Asia Menor el método italiano de tratar la seda, y

esta mejora ha elevado en un 50 por 100 el valor de la seda turca en los mercados de Europa. Algunas de las muestras de tejidos y bordados de seda y oro, exhibidas por Brensa, Bagdad, Damasco, Albania, Monastir, Alepo y la fábrica imperial del sultan, son casi demasiado rígidas á fuerza de precioso metal, y otras tan ligeras y trasparentes como las yashmak de las bellezas del harem. Los albornoces usados por los jefes árabes y fabricados en el Líbano y algunos puntos del Kurdistan, no han tenido rivales en la Esposicion en la riqueza de sus dibujos y coloridos y la estraña belleza que los distingue. Las túnicas bordadas para el sultan y los bajaes, han asombrado tanto por su mérito como por el precio estraordinariamente módico de 2,000 á 2,500 reales á que se ofrecian. Los comisarios turcos rodeaban la base de la urna en que exhibieron estos bordados de divanes, ó pequeños sofaes, cubiertos de rica tapicería. Los turcos tienen sus nociones especiales de lo que debe ser un sofá, y aunque pierda con ello mercantilmente su industria no se halla esta á lo que parece dispuesta á modificarlos á abandonarlos para satisfacer las exigencias de los mercados europeos. Si así no fuera, es indudable que habrian un negocio considerable en este ramo importante de la industria.

Los turcos han exhibido tambien una silla de montar bordada admirablemente con oro, y propia para el sultan, por la cual pedian solamente la mezquina suma de 4,500 reales, baratura que solo podria esplicarse por la circunstancia de ser falso el precioso metal de que estaba adornada. Su coleccion de instrumentos de música era bastante buena, y entre ellos se admiraba el arpa cuya estraordinaria forma no parece haber sufrido alteracion alguna desde la época en que fue esculpida en los obeliscos y otros monumentos egipcios, y esos horribles cimbalos que tanto atormentaron nuestros oidos cuando el virey de Egipto los hizo resonar en el palacio de Kensington para celebrar la distribucion de los premios adjudicados á los espositores por el jurado.

En la exhibicion de pipas han vencido los adoradores de Mahoma hasta á los mismos alemanes. El precio de algunas de ellas escedia de 50,000 reales y su longitud ascendia hasta el enorme tamaño de 30 pies. Las boquillas de ambar y oro eran riquísimas, y verdaderamente oriental el lujo desplegado en sus historiados cables, ó chimeneas.

Entre las alhajas espuestas por la Turquía en el departamento inglés habia un tocadorcito que no llegaba probablemente á dos palmos de elevacion, cuyo marco estaba formado por una guirnalda de oro puro, diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas, y toda clase de piedras preciosas, y cuya armazon era tambien del mismo precioso metal, que ha costado al sultan la suma enorme de 900,000 reales. El dibujo de esta alhaja no ofrece, sin embargo, nada de particular bajo el punto de vista artístico.

La alfarería turca es muy ordinaria y de mala forma, y no obstante han sido vendidos los objetos de ella espuestos por un precio triple del que tienen en las orillas del Bósforo. En su coleccion de armas habia algunas buenas espadas damasquinas y entre sus objetos de platería, palanganas, jarrones, servicios de té y café, bandejas y ánforas sobredoradas, mas notables por su tamaño que por su belleza artística.

Su coleccion de drogas ha sido escelente y los higos de Esmirna, que constituyen uno de sus principales artículos de comercio, han estado perfectamente representados en Kensington. Samos ha enviado pasas de muy buena calidad, y Macedonia esas trenzas doradas de tabaco con cuya fragancia se embriagan y pasan perezosamente las horas en sus caiques los barqueros del Bósforo. En productos agrícolas han exhibido además los turcos muestras escelentes de trigo, algodon, cultivado en Siria y otros puntos del Asia Menor, arroz, maiz, aceitunas, azúcar, almendras y otros frutos de los climas meridionales y del Oriente. La exhibicion turca ha sido en fin, una muestra de las artes y la industria de un imperio de 32.000,000 de habitantes que cubre entre Europa y Asia una área de 750,000 millas cuadradas.

La exhibicion de Egipto ha ofrecido á la contemplacion del público la mayor curiosidad que ha espuesto entre la acumulacion de objetos de arte é industria que nos ocupa. Sus productos modernos se parecen mucho á los de la Turquía, y lo que hemos dicho de los tejidos de lana y seda de esta nacion, es hasta cierto punto aplicable á los mismos géneros producidos por los telares egipcios. Como el virey ha sido en esta ocasion el único esponente, las muestras han sido manufacturadas espresamente para el uso de este príncipe. Su alteza ha exhibido tambien la silla de montar para dromedario, de terciopelo bordada en plata, en la cual hizo su última peregrinacion á la Meca. Al lado de esta lujosa silla se veia otra, tambien de lujo, para ese útil animal, el mas paciente y humilde de los cuadrúpedos, y tal vez por esta razon, el mas brutalmente tratado de todos, llamado asno. La industria del Cairo ha estado representada por algunos espesos bordados de oro, imitaciones del Occidente, y la del Sudan por filigranas de oro trabajadas por los negros tan esquisitamente como las de Génova y Malta. Armas, utensilios domésticos ordinarios, instrumentos de música, ornamentos del pueblo juegos de ajedrez de marfil, abanicos de plumas de avestruz y objetos bastante bellos en su forma de la industria alfarera de Assanan, formaban igualmente parte de la exhibicion egipcia. Las armas del arsenal del Cairo ejecutadas por artífices árabes bajo la direccion de M. Minié, el cual ha estado algunos años al servicio del virey, están bastante bien concluidas, pero los arneses de cuero para los camellos que cruzan con los beduinos el desierto africano, no dan una alta idea de la habilidad del guarnicionero de Egipto. Los productos agrícolas de este fértil país han estado imperfectamente representados, con escepcion del algodon que se cultiva estensamente en sus costas, pues las muestras de sus cereales y otras simientes eran tan pequeñas como insignificantes y mal elegidas.

Los objetos que han causado sensacion en este departamento son las instructivas reliquias de la antigüedad que en él han sido exhibidas. Entre otros títulos á la consideracion de las naciones civilizadas, el actual virey de Egipto tiene el de ser el primer soberano que en lugar de destruir, como la mayor parte de sus bárbaros predecesores, los monumentos literarios y artísticos de la antigüedad, los conserva cuidadosamente en el museo formado por él en el Cairo bajo la hábil direccion del anticuario Mariette. La coleccion de alhajas antiguas halladas en Tebas y exhibidas en el departamento egipcio, es uno de los mas satisfactorios resultados de los esfuerzos hechos para formar dicho museo por este ilustrado soberano. Esta coleccion de alhajas perteneció, con raras escepciones, á la reina Aah-Hoteh, madre de Amasis, primer rey de la decima octava dinastía, y formó parte, segun la antigua usanza egipcia, del funeral de S. M.

Esta reina vivió en tiempo de José, 3 0 años antes que Moisés, 19 siglos antes de la era cristiana. Una de estas alhajas es un puñal con la hoja muy bien trabajada y en la cual hay grabados representando la lucha de un leon con un toro, temiendo además junto al pomo el sello privado del rey Amasis. Otra de ellas consiste en una diadema de oro macizo adornada de esfinges, piedras preciosas, lapislázuli, cornelinas, turquesas y con una elevacion en la parte posterior para dividir sin duda el cabello. Un hacha, símbolo de la divinidad entre los idólatras egipcios, tiene en la hoja curiosas representaciones de Amasis sacrificando bárbaros cautivos, y en el mango está grabada la genealogía completa de este soberano. Otra de estas curiosísimas alhajas es una gruesa cadena de oro suspendida de un escarabajo admirablemente trabajado y de un metro de larga. Entre ellas se admira tambien un collar de igual belleza, del cual penden tres grandes abejas de oro y con el que no desdeñaria adornar su cuello la emperatriz de Francia.

El mas interesante de estos objetos es, sin embargo, una barca montada sobre cuatro ruedas, con cuatro remeros de plata y una figura de oro sentada en medio representando á la reina Aah-Hoteh, y simbolizando todo ello, segun los anticuarios, el viaje del alma despues de separarse del cuerpo. Si la interpretacion de este grupo es verdadera, puede considerarse como una prueba de la creencia de los egipcios en la inmortalidad del alma. El mas elaborado de estos ornamentos es un aderezo que representa al rey Amasis entre dos divinidades que derraman sobre él el agua de la purificacion. Esta alhaja de oro y piedras preciosas está admirablemente dibujada y ejecutada. Tambien se hallaron en el sarcófago de S. M., y sobre su misma persona, una gran profusion de ornamentos, como collares, pulseras, sortijas y pendientes, hechos todos espresamente para su tocado mortuorio, que han figurado con los demás en esta rara coleccion. Los dos grandes pendientes que figuran en ella pertenecen á la vigésima dinastía.

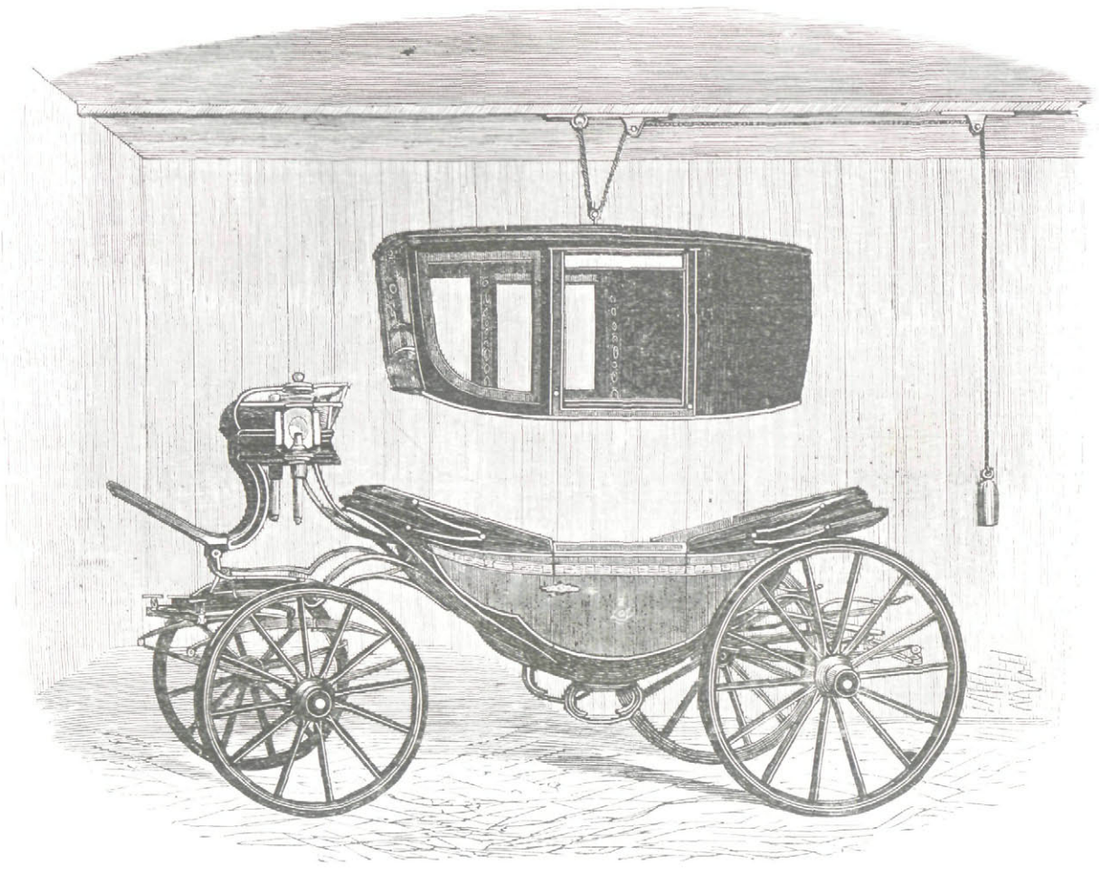
En el departamento egipcio ha sido exhibido además un panteon completo de deidades egipcias, entre las que figura como una de las mas bellas la imágen de Isis. Un demonio de esmalte azul del tamaño de dos pulgadas, ha llamado estraordinariamente la atencion por su rareza y fue solicitado para el museo del Louvre por una suma considerable de dinero. Figuras del hipopótamo, color del inimitable azul de Egipto, y un vaso hallado en la tumba de Amenofis, el Memnon griego, y el modelo de una caja para una momia, se veian tambien en esta estraña coleccion de objetos antiguos. Al lado del cuerpo que configura esta última, se halla sentada el alma, y en los costados de la caja fúnebre hay inscritas oraciones que el alma dirige al cuerpo, rogándole que permanezca tranquilo hasta el dia de la resurreccion en que volverán á reunirse. Un retrato de Mehemet Alí, fundador de la dinastía actual y de la creciente prosperidad del país, completa, en fin, la mas rara y curiosa exhibicion del palacio de Kensington.

J. S. Bazan.

EL PAPEL Y EL PAPYRUS.

Hay ciertos objetos, que por la frecuencia con que los vemos no escitan nuestra atencion aunque su importancia y la generalidad de su uso debian ser motivos mas que suficientes para escitar el deseo de saber su historia. Uno de estos objetos es el papel; á cada momento le vemos empleado de diferente manera, y sin embargo, apenas podríamos decir cuándo empezó á usarse, ni qué empleaban en su lugar los antiguos para escribir esas obras que nos han dejado como monumento imperecedero de su saber.

Hay hombres eruditos, que conocien do la antigüedad, principalmente en los que se refiere á las artes, se estrañan de que los griegos y los romanos que poseian un número tan enorme de libros, no hayan descubierto el arte de imprimir; pero estos hombres harian mejor en admirarse de que las naciones mas civilizadas de la tierra no inventaran el papel, pues que este descubrimiento debia preceder al de la imprenta; pero semejante invento era de una dificultad suma, tanto mas, cuanto que la importancia del papel no podia apreciarse ni aun imaginarse hasta despues de haberse introducido su uso. En un principio, la memoria de los acontecimientos importantes parece haber sido conservada en inscripciones grabadas en piedras comunes ó en lápidas de mármol y en las paredes de los edificios; costumbre que se ha conservado hasta el dia en los monumentos y en los cementerios. En una época posterior, pero muy remota tambien, los hombres acostumbraban á escribir en tablas ó lápidas portátiles de varias clases. Es sabido que el Decálogo fue escrito en tablas de piedra y que Josue escribió una copia de la ley en otras de la misma materia. Los griegos y los romanos grababan leyes, tratados, contratos y otros documentos importantes, en tablas de bronce, y sabemos que una vez que se prendió fuego en el Capitolio, en tiempo del emperador Vespasiano, quedaron destruidos unos tres mil objetos de esta clase; pero aparte de las tablas de piedra que eran desde luego inconvenientes, costosas y de todo punto impropias para el uso ordinario, los antiguos usaban tambien para escribir hojas ligeras y flexibles de plomo y de otros metales segun se ve en el libro de Job, tablitas, pieles, pergaminos, telas y una multitud de materias diferentes. En una época muy remota, se emplearon tambien con el mismo objeto materiales muy baratos, tales como las hojas y la corteza de árboles, de palmera, etc., pero habiendo visto que las hojas cuando secas, podian doblarse únicamente en la direccion de las fibras conocieron que era necesario, al prepararlas para escribir unirlas de modo que las fibras pudieran cruzarse mutuamente en direcciones opuestas. De esta manera la textura de la hoja adquiere una gran fuerza y una vez suavizada y dispuesta del todo para este uso, es menos incómoda de manejar y tiene mejor aspecto que lo que podria suponerse. Tal es en verdad el principio sobre que estaba formado el papel de los antiguos. Sin embargo, lo que se llamó *charta egyptiaca*, cuyo nombre provenia del lugar de su fabricacion, no eran hojas sino la corteza interior de la famosa caña llamada *cyperus papyrus*, que se hallaba á lo largo de las riberas del Nilo ó mas bien en los estanques y zanjas que comunicaban con el rio. Los antiguos empleaban esta planta tan útil en una multitud de objetos; pero no tratamos aquí mas que del que ha servido para darle mas celebridad. La corteza interior era dividida por medio de una aguja ó de otro instrumento agudo, en filamentos que se colocaban estendidos á lo largo, unos al lado de otros pegándolos despues por los estremos; otra parte igual la pegaban por detras, pero en direccion opuesta á la primera para dar á la página la consistencia necesaria. Plinio y otros escritores han descrito este procedimiento que Hardouin y diferentes comentadores le han esplicado despues; pero el tratado mas completo sobre esta materia tan curiosa, está en una obra publicada en Francia bajo el título de «Nuevo tratado de diplomática,» donde se encuentran los pormenores mas interesantes respecto de la historia y manufactura del *papyrus* y de un gran número de otros materiales usados en la antigüedad para escribir. Bruce ha dado un compendio de todo ello en el tomo sétimo de la octava edicion de sus viajes, y no contento con esto, trató de hacer papel con el *papyrus*, pero no siendo afortunado en su ensayo, atribuyó su mal éxito á errores que suponia que hay en las noticias dadas por Plinio, no reflexionando que aunque guiado por las indicaciones que habia hallado escritas, se esforzaba sin esperiencia alguna y sin arte, en hacer papel moderno y que era sumamente probable que saliera mal en su empresa. Egipto gozó por espacio de mucho tiempo del monopolio natural de este artículo importante, y segun Ameilhon, prohibió el cultivo del *papyrus* escepto en ciertas localidades, limitando así su produccion para poderle vender á un precio exajerado. Pero este sistema cesó cuando el Egipto cayó en poder de los romanos, porque importaron la planta á Roma, donde lograron obtener un material muy superior. Plinio enumera las varias clases de papel, desde el mas ordinario, que era usado como nuestro papel de estraza para envolver ciertos objetos, hasta la clase mas fina y mas costosa. El último que se hacia de los filamentos mas interiores, era de una blancura de nieve, y cuando estaba perfectamente preparado se escribia sobre él con mucha facilidad. Su consumo era muy considerable: despues de la fundacion de Alejandría se hacia principalmente en esta ciudad, formando un artículo muy importante de su comercio y dando ocupacion á muchos hombres y



ESPOSICION UNIVERSAL DE LÓNDRES.—CARRETELA CON CABECERAS MOVIBLES.

empleo á un capital considerable. Flavio Vopisco refiere que en el siglo III el tirano Firmo solia decir que habia allí tanto papel y se empleaba tan gran cantidad de cola en su preparacion, que se podia mantener á un ejército con ello; dudamos mucho que en la actualidad pudiera decirse lo mismo de todo el papel perteneciente á una sola ciudad, por importante que esta fuera. La *charta egyptiaca* es muy antigua y era de uso comun mucho tiempo antes de la época de Alejandro, aun cuando Varron y Plinio sostiene lo contrario. Su anterioridad al tiempo de Alejandro está probada de un modo evidente por el testimonio de Herodoto, que aunque vivió un siglo antes que el conquistador, nos dice que en tiempos anteriores, cuando el *papyrus* era muy raro, los jonios escribian en pieles de cabras y de ovejas, y que esto habia seguido siendo una costumbre entre varias naciones bárbaras.

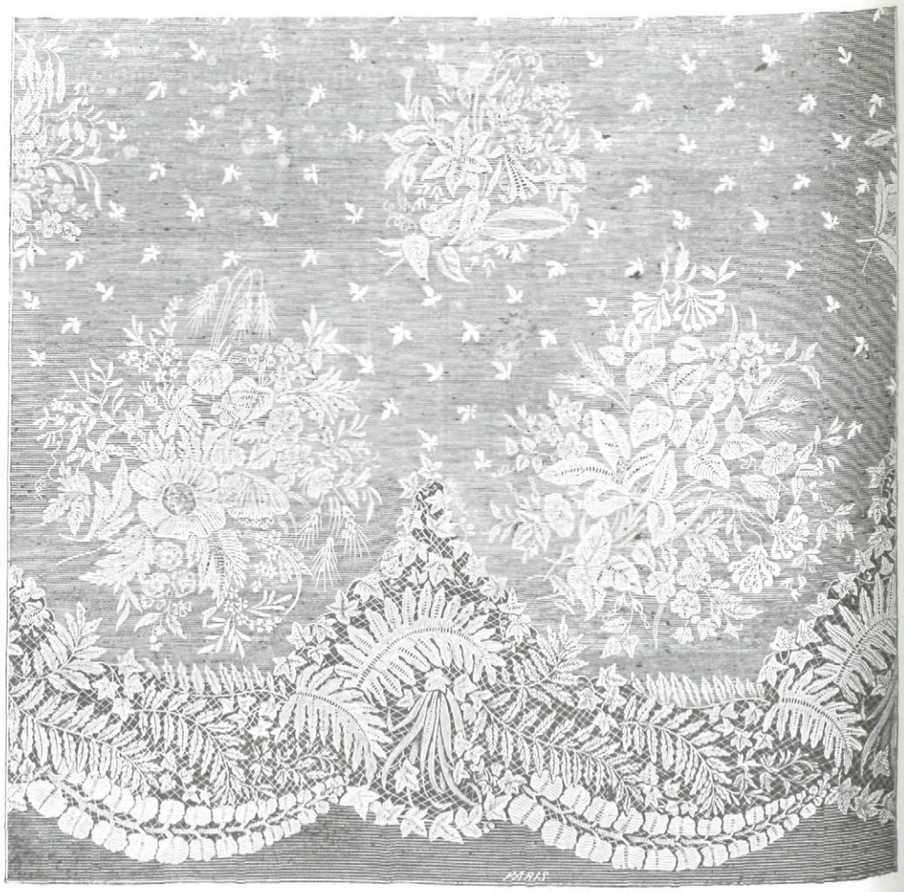
El papel antiguo, aunque blanco, suave, duradero y bueno para escribir, no era á propósito para la imprenta; pues por los granos tan juntos y tan pronunciados que formaba no hubiera recibido la tinta de los tipos mas que como podria recibirla una hoja ligera de madera, siendo además de tan fragil calidad, que se hubiera hecho pedazos en la prensa. Era á la verdad una masa sin arte, en cuya preparacion no manifestaban ingenio ni destreza alguna. El papel moderno, por el contrario, es completamente artificial y su fabricacion es tan maravillosa por la sagacidad que muestra su plan, como por su buen éxito práctico. Del mismo modo que el papel de la antigüedad, el papel moderno está formado de filamentos de varias clases de materias vegetales, principalmente de pedazos viejos de hilo y de algodon mezclados con agua.

La textura esponjosa del papel hace que admita con facilidad y retenga siempre la tinta impresa por los tipos al imprimir y por la pluma cuando se escribe y su consistencia impide que se rasgue demasiado fácilmente; en un libro bien encuadernado y colocado en un sitio conveniente, su duracion es indefinida, ó por mejor decir, eterna. Es verdad que ciertos documentos se escriben ó imprimen á veces en pergamino que está menos espuesto á romperse y á gastarse por el uso; el lujo tipográfico presenta á veces ejemplares de obras magníficas impresas en vitela y es tambien cierto, que estos materiales para escribir fueron usados por los antiguos, pero son naturalmente muy costosos y su precio escede en general los medios de la gran mayoría de las personas que compran libros; por lo tanto hubiera sido muy poco conveniente fundir tipos, construir prensas y hacer los diferentes gastos principales de una imprenta, si no hubiéramos tenido un material mas barato para imprimir en él; de todos los materiales conocidos hasta el dia, ninguno parece mas á propósito bajo todos conceptos que el papel.

Casi todos los manuscritos mas antiguos é importantes, griegos y latinos que existen, están escritos en pergamino ó vitela, pero generalmente en esta última. Es muy estraño sin embargo que siendo esto así, veamos que todas ó casi todas las cartas y diplomas antiguos estén escritos en papyrus. Los eruditos autores del Nuevo tratado de diplomática afirman que no se ha descubierto ninguna carta en pergamino anterior al siglo VI.

Parece haberse demostrado suficientemente que papel igual al que ahora se usa de algodon, de otras materias vegetales y de seda ha sido fabricado en la China desde una época muy remota; los historiadores árabes dicen que un papel semejante se fabricaba en la Meca á principios del siglo VIII y es muy probable que la manera de hacerle fuera conocida entonces tambien de los griegos. Parece que poco despues de esta época fue introducido en Europa, aunque no es posible determinar si se debe á los árabes ó á los griegos. Una vez descubierto el modo de hacerle de algodon y de otras materias vegetales, era relativamente fácil el fabricarle de trapos de hilo, sobre todo teniendo en cuenta que en aquel tiempo el algodon era en Europa una cosa muy rara. Es muy estraño, sin embargo, que no tengamos ninguna noticia positiva que nos indique cuál fue el primer pais de Europa en que comenzó á elaborarse el papel con trapos de hilo, ni tampoco la época en que comenzó esta elaboracion; el Nuevo tratado de diplomática que ya hemos citado dice que su invencion no puede ser anterior al siglo XIII ni su uso ordinario remontarse mas allá del XIV. En efecto, el papel egipcio ó papel hecho de *papyrus* del modo que hemos descrito antes continuó siendo empleado parcialmente hasta mediados del siglo XI, aunque el pergamino era el material principal que se usaba entonces para escribir.

Es curioso observar cuán poco tiempo medió desde la introduccion del papel hasta la invencion de la imprenta, á la cual ha servido como de preliminar indispensable. Muratori atribuye la ignorancia de las edades bárbaras principalmente á la escasez y al precio elevado del papel, al paso que la cultura superior de los

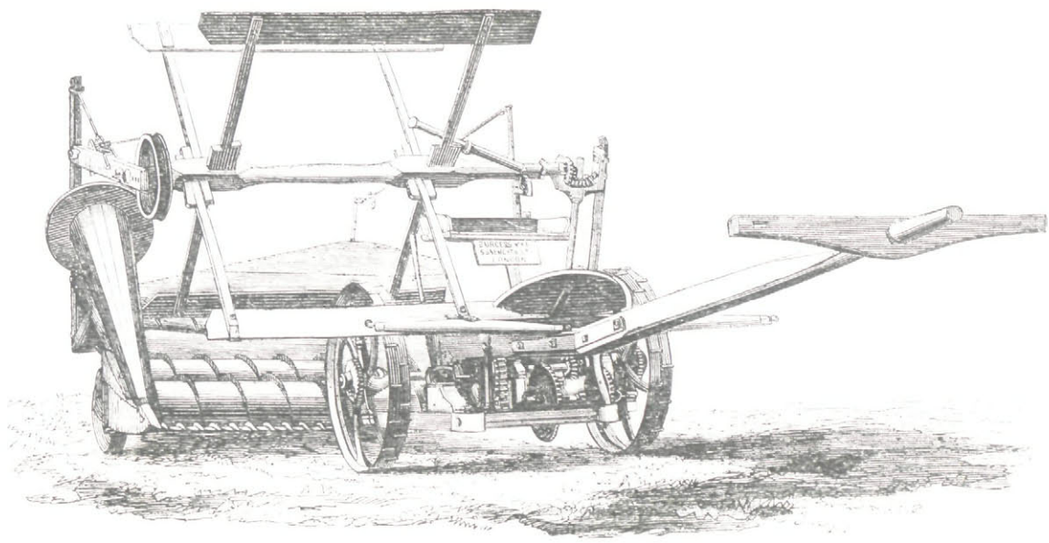


ESPOSICION UNIVERSAL DE LÓNDRES.—ENCAJES DE DEBENHAM É HIJO.

tiempos modernos es debida á su abundancia y baratura que sirven de auxiliar poderoso para la propagacion de los conocimientos; y cualquiera que sea la opinion que se forme acerca de este modo de pensar en cuanto á los tiempos antiguos, es una verdad incontestable en lo que respecta á los modernos.

No solamente es oscura la historia de la fabricacion del papel moderno, es decir, del papel hecho como nosotros le conocemos, sino que es de todo punto imposible hacer conjetura alguna que sea satisfactoria acerca del modo como fue inventado. Parece sin embargo cierto que su invencion ha debido ser casual, bien por haber observado los efectos que producian las materias vegetales trituradas y secas accidentalmente, bien por alguna otra causa parecida, pero que una vez descubierto ya este medio se fue perfeccionando poco á poco; porque es imposible figurarse que la invencion haya sido completamente el resultado de un cálculo; pues no es fácil concebir que haya habido una persona que sin un conocimiento prévio, se haya propuesto producir papel con trapos viejos ú otras materias vegetales mezclando su masa en el agua y prensando y secando despues el depósito. Pero sin aventurar conjeturas inútiles, nos limitamos á observar que en todo caso es cierto, que como quiera que sea y por quien quiera que haya sido descubierto, ningun invento ha sido de mayor importancia. El procedimiento por el cual los materiales de menos valor y mas despreciados se convierten en un objeto tan útil y admirable como el papel es probablemente uno de los mayores triunfos del talento y del ingenio humano; los que lo han hecho así, han realizado los sueños de los alquimistas y han prestado un servicio á la humanidad incomparablemente mayor que si hubieran tenido la facultad de trocar en oro los metales inferiores.

A.



ESPOSICION UNIVERSAL DE LÓNDRES.— SEGADORA DE MIESES, DE BURGESS Y KEY.

LOS POBRES

VERGONZANTES.

(CONCLUSION).

A la hora convenida se presentó la viuda en mi casa no elegantemente vestida como cuando la conocí en el Prado; no con el semblante sereno y la mirada tranquila, sino arrebujada en un pañuelo, respetable por sus años y servicios, con la cabeza humillada y los ojos escaldados por el llanto.

Aquella mujer podia salir á la calle, segura de que no la conocerian las personas que la hubieran conocido dos años antes.

La recibí cariñosamente, procuré alentarla y me preparé á escuchar la lastimera relacion de sus desventuras.

—¡Ay! ¡señor! comenzó la infeliz, grande es nuestra desgracia, pero á nadie sino á nosotras mismas podemos culpar... pero no... yo, yo sola soy culpada... Mi Adela, mi pobre hija ha seguido las inspiraciones de su madre... Si yo la hubiera llevado por otro camino, hoy viviria pobre sí, pero no en la miseria... ¡Hija de mi corazon!...

El llanto ahogaba su voz y mi corazon se oprimia viéndola llorar.—Ambos hicimos un esfuerzo, yo para consolarla, y ella para continuar su triste narracion.

—Diez años hace que murió mi esposo, que era capitan cuando mi familia me casó con él; dos años despues de nuestro casamiento, tomó parte en una conspiracion, alentado por sus amigos; pero hubo entre ellos un Judas y el mismo dia en que el plan debia llevarse á cabo, mi esposo y sus compañeros fueron presos y sometidos á un consejo de guerra.—El delito era grave y la ordenanza inexorable condenó á muerte á los infelices. Los demás eran tambien padres de familia, ó hijos queridos, único apoyo de sus esposas y de sus madres desventuradas. Madres y esposas nos reunimos y acudimos al trono, implorando el perdon de los delincuentes; S. M. nos prodigó consuelos, lloró con nosotras, y nos prometió hacer todo lo posible para conmutar aquella horrible sentencia.

Pasaron tres dias, que fueron siglos de agonia para nosotras, y el cuarto la campanilla de la Paz y Caridad nos dió la terrible noticia de que aquellos hombres, jóvenes todos, pertenecientes todos á distinguidas familias, iban á ser pasados por las armas por traidores.

Desolada corrí á la morada de los reyes, al ministerio, al cuartel donde estaban presos los culpables, y por último al sitio de la ejecucion. —A nadie ví; nadie me consoló; todas las puertas estaban cerradas para mí. Solo ví, para convencerme de que mi desdicha era cierta, un cuadro de infantería, formado en el sitio elegido para quitar la vida á aquellos hombres, me acerqué á uno de los oficiales que mandaban aquella fuerza; era uno de los amigos de mi esposo. Abracéme fuertemente á él, al mismo tiempo que sonó en mi alma el lúgubre redoble de un tambor destemplado... y ya no ví mas.

Despues de tres dias de continuo delirio, recobré la razon y me hallé en mi casa en mi lecho rodeada de personas desconocidas.

—¡Mi hija! esclamé, á tiempo que entró en la alcoba trayéndola de la mano, aquel oficial que mandaba la fuerza sentenciada á fusilar á mi marido... Entonces lo recordé todo; pero antes de que yo pudiera articular una palabra, el oficial, llorando como un niño, y poniendo á la niña sobre mi cama, esclamó.

—¡Se ha salvado, señora! S. M. envió el perdon antes de que mis amigos llegáran al cuadro.

ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN LAS GRADAS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA Á LA ENTRADA DE SS. MM. Y AA.

—Pero perdóneme usted estos detalles, añadió la viuda al llegar aquí; sin querer me he distraido del objeto principal de mi relato.

Mi esposo, continuó fue sentenciado á servir de simple soldado en Ceuta, por espacio de cinco años, pero la generosidad de S. M. le indultó dos años y medio antes de cumplir el término, y le devolvió sus grados y honores, trasladándole á un regimiento de guarnicion en Madrid.

La salud de mi esposo fue debilitándose por momentos; desde aquel horrible episodio de su vida, adquirió una melancolía tan persistente, que ni sus amigos, ni yo, ni su hija podiamos hacer desaparecer.

Siempre se creia amenazado, nunca podia dormir dos horas tranquilo, y por mas que él mismo lo procuraba, jamas lograba desechar la idea que le atormentaba.

Una noche vino á casa muy satisfecho al parecer, y apenas entró vació en mi falda sus bolsillos llenos de oro y de billetes de banco.

—Hé jugado y hé ganado me dijo; todo eso es para ti, para Adela. Gástadlo todo, que mañana traeré mas... Se acabó la tristeza... Ahora... ¡á reir!... ¡á triunfar! y se entró, riéndose á carcajadas, en su habitacion...

Mi marido no faltó desde aquel dia al juego una sola noche, y nunca dejó de traerme dinero... Dias hubo que me trajo 10 y 12,000 reales. Procuré informarme de sus amigos acerca de la conducta que observaba fuera de casa, y todos me dijeron que todas las noches bebia una gran cantidad de rom, y que despues jugaba en una casa establecida en un barrio estraviado, añadiéndome que tenia una suerte loca y que nunca habia ejemplo de que perdiera.

El rom y el juego hicieron lo que no habian podido hacer mi hija y yo; pero una noche tres años despues le trajeron á casa en un coche, perdido el conocimiento y con el traje lleno de lodo —Mi marido habia perdido por primera vez, y despues, para aturdirse, para olvidar, habia bebido una cantidad de rom mayor que la de costumbre.

El infeliz no volvió en sí; aquel infame licor le habia abrasado las entrañas.

Quedamos solas en el mundo mi hija y yo.

En los dos últimos años de la vida de mi marido, habiamos adquirido el vicio del lujo—que á veces el lujo lo es.—Como mi marido jugaba y ganaba siempre, como el dinero sobraba en mi casa, como el lujo, solo el lujo nos abria todos los salones y nos proporcionaba ocasion de lucir y escitar la envidia de las mujeres y la admiracion de los hombres, y como mi esposo no se acordaba de mí sino para darme el dinero que ganaba y nunca intervenia en mis acciones, ni su afan de aturdirse y su estado constante de fiebre y locura, le permitian dedicarse á la educacion de su hija y al cuidado de su casa, completamente olvidadas del porvenir, mi hija y yo no pensábamos que ningun bien puede ser eterno sino el que se funda en la virtud. En pago de aquel dinero, arrebatado tal vez á familias que vivirian en la miseria, á consecuencia del mismo vicio que á nosotras nos proporcionaba la fortuna, ahora nos vemos reducidas á la mayor necesidad, y ayer salí yo á mendigar porque mi hija se moria de hambre y hoy estaria muerta, si usted no me hubiera socorrido anoche.

¡Qué leccion tan elocuente en las palabras y el llanto de aquella desgraciada!

Ahora que sabe usted todo esto, continuó, comprenderá por qué mi hija y yo nos desconcertamos de tal manera la tarde que dimos la peseta falsa al cobrador de las sillas del Prado, por qué aprovechábamos la galantería de usted para tomar al retornos del paseo, el café con tostada. En aquella época, nuestros recursos eran muy cortos, y aun no estábamos curadas del vicio del lujo; sufriamos crueles privaciones; pero nos presentábamos ante la sociedad con la cabeza erguida, y el traje ajustado á las exigencias de la moda.

—Pero usted tendrá viudedad...

—Si señor, contestó; de eso iba á hablar á usted. A la muerte de mi marido nos quedaron bastantes alhajas y muchos trajes de gran precio, que son los que mas ó menos reformados hemos usado, hasta que las necesidades de la vida me obligaron á deshacerme de unas y otras. Vendiendo hoy una cosa, empeñando mañana otra, y otra y otra luego, pudimos pasar ayudadas de mi corta pension; pero llegó dia en que las alhajas y los muebles nos faltaron, y tuve que recurrir á los prestamistas, que me ofrecian dinero con la garantía de mi viudedad.

—¡Infeliz! esclamé. ¡Ahora si que comprendo perfectamente que se hallen ustedes en la miseria!

—Por el momento salíamos del apuro; pero despues tenia que sufrir el descuento mensual, hasta cubrir la cantidad que habia recibido, y otra igual que, sin recibirla yo, suponia el prestamista que la habia recibido, y con mi firma autorizaba esta suposicion.

—Una suposicion gratuita que no lo era, pensé para mí.

—De préstamo en préstamo, continuó la viuda, de necesidad en necesidad hemos llegado á carecer absolutamente de todo recurso, y á no tener medio alguno de salvacion. Yo moriré pronto, pero mi hija es jóven; aunque ha sufrido mucho, aunque la miseria comienza á agostar su hermosura y á desalentar su espíritu, su naturaleza es mas fuerte que la mia... y ¿qué será de ella cuando se halle sola en el mundo, sin pan y sin hogar, cuando no pueda presentar otro mérito que su virtud y vea que el mundo, sino se atreve á reirse de ella, la deja que muera abandonada, sola con su virtud?.. ¡Oh! ahora comprendo toda la enormidad de mi falta.

—Aun es tiempo de remediarlo todo, dije para consolar á aquella pobre madre, que repetia en aquellos momentos lo que le decia la inflexible voz del remordimiento.

—¿Cómo? contestó. Me dirá usted que el trabajo es el único y seguro recurso.—¿Y no es casi siempre estéril el trabajo de la mujer? ¿Puede vivir de su trabajo una mujer acostumbrada al lujo, y á satisfacer su vanidad?... ¡Oh! ¡Esta costumbre no se olvida!... La miseria y la soledad pueden únicamente curar de ese vicio; y, gracias á Dios, que hasta ahora, el vicio del lujo no nos ha llevado á vida mas vergonzosa que la miseria.—Alguna vez hemos hallado en nuestro camino almas tan miserables, corazones tan mezquinos, que, al vernos casi muertas de hambre, nos ofrecian el pan de la deshonra cuando les pedíamos el pan de la caridad; pero yo, que he tenido valor para todo, no lo tengo para olvidar quién he sido y quiénes fueron mis padres.—La muerte es el único bien que podemos esperar... ¡pero mi hija! .. ¡mi hija!...

La pobre madre, no pudo continuar; á pesar de mis instancias, se despidió de mí, prometiéndome volver otro dia, y suplicándome que hablase á las personas caritativas que conociera para que le facilitaran algun recurso.

Yo lo hice asi, y en pocos dias se logró reunir una cantidad con la que las pobres mujeres pudieron comer durante algunos meses.

Lo que nunca pude lograr fue convencer á la madre de lo conveniente que seria para su hija ocuparse en bordar ó en cualquiera otra labor propia de su sexo y que la proporcionara algun otro recurso.

La vanidad de aquellas mujeres era monstruosa; la viuda olvidó muy pronto que una noche el hambre le hizo salir á pedir una limosna por amor de Dios.

Un dia me dieron una agradabilísima noticia; el prestamista que cobraba toda la pension de doña Virtudes, para recobrar las cantidades que le habia adelantado y los intereses de las mismas, se habia arrepentido en la hora de la muerte,—que es cuando se arrepiente el prestamista que es capaz de arrepentirse, —y mandó que diesen sus herederos por saldada la cuenta de la triste víctima.

Las felicité sinceramente y las recomendé que vivieran con órden y economía.

Un mes despues las vi en el Prado, tan elegantes como el dia que las conocí.

Otra vez entraban en el camino de la miseria: la viuda habia vuelto á tomar dinero sobre su paga.

Tenia razon; la costumbre del lujo y el vicio de la vanidad no se olvidan nunca.

Tuve que volver á salir de Madrid, y no quise marchar sin despedirme de mis amigas. Volví á recomendarlas la economía, el órden, la modestia, y recordé á la madre estas palabras suyas:—«Caballero, una limosna por amor de Dios á esta pobre vergonzante.»

Su susceptibilidad se irritó con este recuerdo, y me despidieron con una frialdad que no dejó de irritar la mia, algo mas justamente por cierto.

En seis años nada supe de aquellas pobres vergonzantes; pero una noche en el teatro, cerca de mi butaca, habia una señora muy hermosa y elegantemente vestida, que me recordó la simpática fisonomía de la hija de la viuda. Otra señora la acompañaba, que no era su madre.

Dudé un momento, pero terminó mi duda cuando ví que, al fijar en mí sus hermosos ojos, perdió el color y levantó abierto el abanico á la altura de su rostro.

Era Adela, mi pobre amiga, aquella misma niña á quien ví una noche dormida en un miserable lecho, y á quien oí decir soñando:—«Me lo haré de gasa. ¡Ya no se llevan capotas blancas!... ¡Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo!...»

Apenas bajó la cortina, me apresuré á saludarla y á preguntarle por su madre. Mucho mas desconcertada que cuando el cobrador de las sillas del Prado devolvió á la viuda la peseta falsa, me dijo que habia muerto, y que aquella señora que la acompañaba era una amiga, y que no se habia casado... y despues me habló de la comedia que se representaba, y del calor que hacia en el teatro,—hasta que se alzó otra vez la cortina.

Cuando terminó el acto, un amigo mio que me habia visto hablar con Adela, se me acercó diciendo:

—¡Hola, hola! ¿Tambien tú conoces á esa?

—¿A quién? pregunté.

—A la de... y me dijo el nombre de un personaje muy conocido.

¿Cómo? ¡pues si me ha dicho que no se ha casado!

—¡Toma, ya lo creo!.. Si quieres deshancarle te compadezco; sin embargo, si te ha caido el premio grande de la lotería, ó has heredado de algun tio en Indias, no será empresa difícil; pero te compadezco tambien, porque al fin te dejará por puertas...

—¡Ah! esclamé interrumpiendo á mi amigo; todo lo comprendo ahora... pero como dice Victor Hugo, *¡n'i insultez jamais une femme qui tombe!*

¡Pobre Adela! Los temores de su madre no eran infundados...

¿Quereis que os cuente otra historia de pobres vergonzantes? Muchas os pudiera contar, porque muchas hay por desgracia, pero vosotros las podeis hallar como yo, porque todos vosotros conocereis, y saludareis, y dareis la mano á algun pobre vergonzante.

Los administradores de casas en Madrid, los jueces de paz, los curas de los hospitales, las patronas de casas de huéspedes, los observadores que concurren á los bailes de máscaras de medio carácter, los usureros, las prenderas os podrán contar miles de historias de pobres vergonzantes, todas originales, todas diferentes, todas lastimosas.

No es la mas horrible la miseria que pide por amor de Dios, la miseria contra la que claman los periódicos, y á la que encierran por fuerza en los asilos de caridad los dependientes de las autoridades: la mas horrible, la mas digna de compasion es la que se oculta, la que se avergüenza de pedir una limosna, la que da quizá el último cuarto al paralítico, ó al ciego con vista, ó al tartamudo fingido, que se la piden en la calle, la miseria, en fin, de los pobres vergonzantes.

Un solo camino hay que no conduce á tan horrible miseria: la fé, el trabajo y la prudencia.

CARLOS FRONTAURA.

NECROLOGÍA.

DON AGUSTIN DURAN.

Este eminente crítico y sabio colector del Romancero español, nació en Madrid á fines del siglo XVIII. Su señor padre, don Francisco, fue natural de la Puebla del Maestre, y médico de la real familia.

Despues de haber cursado don Agustin la filosofía, emprendió la carrera de jurisprudencia en la universidad de Sevilla, y se recibió de abogado en la Chancillería de Valladolid. Reconocido su mérito por algunas personas que ejercian en la córte poderoso influjo, fue nombrado oficial de la Direccion general de Estudios, en cuyo cargo tuvo ocasion no solo de corresponder á las esperanzas que sus patronos habian concebido de su talento y buenas cualidades, sino tambien de figurar entre los literatos notables de su época.

De la plaza de oficial en la Direccion de estudios pasó don Agustin Duran á desempeñar el destino de secretario de la Inspeccion de imprentas y librerías, con cuyas ocupaciones alternaba las suyas favoritas en pró de la literatura nacional. Dióse, pues, á conocer ventajosamente como crítico profundo escribiendo el notable opúsculo que dió á luz con el título de: *Ensayo sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito y utilidad* (Madrid, 1828) cuyo estudio literario muy apreciado por las personas eruditas, fue digno de figurar juntamente con los que por el mismo tiempo publicaba el insigne humanista don Alberto Lista y los concienzudos trabajos del entusiasta Schlegel. Otros varios notabilísimos artículos escribia juzgando las principales obras de nuestro teatro antiguo, como *La prudencia en la mujer*, *Palabras y plumas* y *El pretendiente al revés*, comedias de Tirso de Molina, que publicó en 1834, seguida cada una de sus observaciones críticas. Entre estos análisis el que mas llamó la atencion pública fue el discurso preliminar á la obra de aquel inmortal ingenio, titulada *El condenado por desconfiado*, pues le valió que una persona tan competente y erudita como el señor Wolf, profundo escritor aleman, dijese que era el señor Durán el crítico mas eminente de España.

No menos fama le proporcionaron los que llevan por epígrafe: poesía popular, drama novelesco, *Lope de Vega* (tomo II de la Revista de Madrid), sobre dos comedias de don Eugenio Tapia, otro acerca de la córte del Buen Retiro del señor Escosura y el que escribió para la coleccion de comedias que publicaban los señores García Suelto y otros.

Con razon se ha dicho que su copiosísimo *Romancero español* bastaria por sí solo para conquistarle un nombre inmortal. Esta fue, con efecto, la obra predilecta de don Agustin Duran. Colocado como era justo y merecia en la Biblioteca nacional, puede decirse que toda su existencia la dedicó desde entonces á mejorar el *Romancero de romances*, que habia merecido los elogios de los hombres entendidos. Ya en 1828 dió á la estampa el de los *moriscos*, impreso en 1641: al año siguiente apareció otro nuevo tomo, conteniendo los *doctrinales*, *amatorios*, *jocosos*, *satíricos y burlescos*, y por fin, tres años despues, en 1832, los tomos tercero y cuarto, que comprendian los romances *caballerescos é históricos* anteriores al siglo XVIII, en los cuales incluia los del amor, los de la Tabla redonda, los de Carlo-Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid Campeador, de los Siete Infantes de Lara, etc. Mejor recopilados y ordenados salieron nuevamente á luz, formando los volúmenes diez y diez y seis de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneira, y siendo un monumento de los ricos tesoros de nuestra literatura nacional. Admírase en esta coleccion la sabia clasificacion que el señor Duran les ha dado. Léense con

placer los profundos y atinados juicios críticos, aunque breves, con que los ha enriquecido, y se ve una prueba evidente de su incansable actividad en las notas históricas, biográficas y bibliográficas que acompaña á los romances, lo mismo que en los copiosos índices de autores, y los generales por órden alfabético y cronológico. No es de estrañar, por lo tanto, que una persona tan ilustrada como don Joaquin Francisco Pacheco emitiera su opinion acerca del trabajo y del mérito del señor Duran en estos honoríficos términos: «No creemos incurrir en ningun desacierto, señalando á las colecciones del señor Duran el puesto mas elevado entre las de la presente época, y proclamándolas como la única obra de este género que satisface sus necesidades y llena la idea de lo que debe ser en el dia un *Romancero español*.» Y en otro lugar: «Crítico, historiador, filósofo, hombre de vastos y seguros conocimientos, investigador impaciente, atrevido sustentador, muchas veces de nuevas, pero siempre de ingeniosas opiniones, muéstrase en ellos (los prólogos) el señor Duran, con tanta originalidad y valentía, como le conocimos todos desde su aparicion en la esfera literaria, cuando contribuyó uno de los primeros á conmover las ideas facticias del siglo XVIII y á señalarnos á los que entonces éramos niños, los buenos modelos de carácter puramente nacional, que nos debian servir en el estudio de las bellas letras.»

Era el señor Duran, además de crítico profundo y erudito bibliógrafo, escritor castizo y elegante poeta. Prueban esto sus trovas en lenguaje antiguo al enlace de Fernando VII (1829); las que escribió en antigua parla castellana con motivo de la sucesion al año siguiente; las dedicadas á la reina Cristina y al nacimiento de la princesa de Asturias en 1832; la *Dama de la torre*, leyenda catalana, puesta en lenguaje antiguo (*La América*, 1858) la que publicó titulada: *Leyenda de las tres toronjas del vergel de amor, Romance de unos polidos cantares fechos agora nuevamente por A. D. á guisa de los que joglares é ciegos cantaran en el tiempo viejo.* Obra publicada en 1854 (Madrid, imp. de Agundo), reimpresa cuatro años mas tarde en la *América* y juzgada favorablemente por la opinion unánime de la prensa. A esta bellísima leyenda, escrita en el lenguaje que se habló en Castilla al principiar el siglo XIV, la llama el erudito académico señor Fernandez Guerra, en un estenso juicio crítico: «precioso poema del sabio colector de romances castellanos, del restaurador insigne de la española Talía, del ingenioso vate que en trovas antiguas supo contar señalados acontecimientos contemporáneos.»

Tantos y tan buenos servicios prestados á las buenas letras, juntamente con los que hacia á la noble juventud ávida de saber, lo cual le era posible y sobremanera agradable desempeñando el cargo de bibliotecario mayor y director de la Biblioteca nacional y contando con una copiosa y rica librería suya, y una decidida voluntad de ponerla generosa y liberalmente á disposicion de cuantos la necesitaban, le valieron el ser admitido en la clase de individuo de número de la Real Academia Española, en la Greco-latina y en otras sociedades científicas; que su nombre fuese considerado en el estranjero y muy particularmente en la culta Alemania; y que, por último, S. M. la reina se dignara recompensarle nombrándole caballero gran cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica. Mas cuando su esperiencia, su vasta erudicion y sus consejos podian ser mas útiles á la patria, á todos los literatos que le consultaban y á los jóvenes estudiosos; cuando en la Biblioteca nacional llevaba á cabo con cuanta perserverancia y fe le era posible loables mejoras, relativas á la constitucion y organizacion del cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios que tanto le debia y del cual era director, cayó repentinamente enfermo, atacado de una pulmonía que le causó la muerte, pasando á mejor vida el dia 1.° del presente mes y año. Su pérdida ha sido muy sentida por todos los que le trataban y conocian sus escelentes prendas y buenas cualidades. A su entierro y funerales asistieron todos los individuos de la Biblioteca nacional, muchos literatos distinguidos y el señor marqués de la Vega de Armijo, ministro del ramo y amigo y justo apreciador del señor Duran. Deja el señor Duran una rica y selecta biblioteca y algunos preciosos manuscritos que deseamos vean la luz pública, para lo cual unimos nuestros ruegos á los de toda la prensa. El señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, leal amigo y sincero admirador del ilustre finado, á quien dignamente sigue en el cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, y el señor don Cayetano Rosell, tambien bibliotecario y persona muy competente, á quien dispensaba ilimitada confianza el señor Duran pueden prestar este servicio á la literatura y al pais.

M. Ovilo y Otero.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

VII.

EL ESTÓMAGO MANDA.

A las seis de la mañana del siguiente dia, el marqués estaba completamente despierto y reclinado á la morisca sobre el mullido lecho.

Habíase acostado sin tomar antes alimento alguno, y vuelta á este lado vuelta al otro, oyó dar todas las horas de la noche al reló del Miguelete.

No sabemos si el insomnio del jóven procedia de debilidad, de disgusto por el desaire que habia recibido del bigotudo caballero ó de cierta cosa que la hija de este le hubiese inspirado. Acaso las tres circunstancias antedichas fueran causa de su desvelo.

Pero lo cierto es, que el mal humorado dandy le pareció muy plebeyo levantarse á las seis de la mañana, por cuya razon continuó en la cama entregándose á sus profundas cavilaciones.

Sonaron las ocho, y entonces á pesar de las rígidas prescripciones de la aristocrática moda, saltó el jóven de su ingrato lecho, vistióse y pidió el desayuno.

Nuestro hombre comió lo mismo que todo aquel que se acuesta sin cenar, cuando no hay motivo para estar á dieta.

Los platos se quitaban de la mesa tan limpios y brillantes, como si nada hubiesen contenido.

Esto prueba una vez mas que el estómago es independiente del corazon y la cabeza; ó que si alguna simpatía existe entre las tres partes, la primera domina sobre las otras en nuestro débil ser.

El marqués se hallaba muy lejos de pensar como nosotros. Y ahora se nos ocurre que si la anterior proposicion la hubiese demostrado Chateaubriand, es seguro que por ella hubiera merecido el cordon de la legion de honor.

Hemos dicho que nuestro héroe se desayunó *bárbaramente*.

Concluida esta importante ocupacion, dedicóse á la de su *toilette* en la que puso mas esmero que el de costumbre.

A las diez en punto, el elegantísimo marqués salia la fonda, cuando de sí mismo una densa atmósfera de patchuli, colonia y mil flores.

VIII.

PRINCIPIA EL ENREDO.

El desayuno en mesa redonda, se sirve á las once en el hotel del Cid.

Entre los que acuden al comedor á la citada hora, podemos distinguir al jóven que la tarde anterior se apeó de una tartana á la puerta de la fonda, no sin fijar antes una mirada escudriñadora sobre nuestro conocido marqués.

Sin embargo de que entre los asistentes á la mesa, reina la mas cordial animacion y alegría, el jóven á que nos referimos se mantiene reservado y silencioso. En su semblante aparece retratado el disgusto que aflige á su alma.

Los dulces y frutas del postre se estaban sirviendo, cuando presentándose un cartero á la puerta del comedor, fue anunciando en alta voz las señas de la correspondencia que un criado de la casa recibia de sus manos, para entregar á las personas á que se destinaba.

—Don José Caparrosa: decia el subalterno del correo dando cartas al sirviente; don Pedro Sauco; don Melquiades Siempretieso; señor conde de la Memoria; doña Eduvigis Arizcumpacoteaga.

El criado entregó estas cartas á las personas á quien iban dirigidas, las cuales se hallaban en el comedor.

—Don Silvestre Malesherbes; continuó el cartero: señor marqués de la Ventura.

El fámulo recibió estas dos cartas, y las guardó en un bolsillo de su chaqueta.

El cartero cobró su tanto por barba y desapareció como un rayo.

Al anunciar las señas de la última carta, el jóven del semblante sombrío habia vuelto precipitadamente la cabeza, pudiendo notar de este modo la accion del criado.

—¡Mozo! gritó al ver que el sirviente guardaba aquel billete: paréceme que he oido el nombre del marqués de la Ventura.

—Si señor: replicó el mancebo. Su escelencia ha tenido carta.

—Pues haga usted el favor de entregármela.

—Dispense usted caballero: yo no puedo entregar la correspondencia mas que á los señores para quien viene dirigida.

—Cumple usted con su obligacion al obrar así: dijo el jóven algo amostazado. Y supuesto que esa carta me pertenece, espero que será á mí á quien se entregue.

En aquel instante se presentó el dueño de la fonda, que desde una habitacion inmediata habia podido entender lo que se hablaba en el comedor.

—Caballero, esclamó dirigiéndose al huésped de la cuestion: el señor marqués de la Ventura, para quien es la carta que guarda Andrés, no se halla en casa. Cuando vuelva se le entregará su correspondencia. Siento mucho no poder complacer á usted...

—Pero ¿quieren ustedes hacerme el gusto de aclarar este enredo? replicó el jóven notablemente irritado. ¿Quién es ese hombre que á mas de usurpar un título que no le pertenece, se abroga el derecho de recibir correspondencia que no es suya?

El dueño de la fonda, los huéspedes y los criados estaban admirándose, con tantos ojos y tanta boca abierta.

—Revise usted estos documentos: añadió el jóven entregando al fondista su pasaporte y un real despacho de capitan de artillería estendido á favor del marqués de la Ventura.

—Ya veo, si señor... ciertamente: balbuceó el amo de la casa: pero ese otro caballero... el otro marqués... ¡esto es muy raro!

—¿Ha presentado ese caballero documentos como los mios?

—No señor: ofreció entregar hoy el pasaporte...

—Bien: yo sé lo que he de hacer: añadió el jóven. Entre tanto, y si esa carta no se me entrega desde luego, advierto á usted que no pase á otras manos: guárdela usted mismo hasta que este pesado asunto termine.

El fondista recogió la carta que tenia el criado y la mostró al huesped.

—Ya ve usted le dijo: las señas no pueden ser mas claras.

Pasó una mirada el jóven sobre el nema, y dirigiéndose á los estupefactos concurrentes:

—Señores: creo que estoy siendo objeto de una pesadísima chanza. Para persuadir á ustedes de que no me engaño, les invito á que juzguen por sí mismos esta causa. La carta que viene dirigida al marqués de la Ventura, es de mi hermana. Si ustedes consienten en ello, la abriremos para que se vea la firma Eloisa Fajardo de Zúñiga; advirtiendo por último, que en uno de sus párrafos debe indicarme las señas de la casa que mi apoderado habita en Valencia.

—¡Pues que se abra la carta! esclamó el conde de la Memoria.

—¡Sí, sí! que se abra: repitieron los demás huéspedes.

El fondista creyó entonces salvada su responsabilidad con el apoyo de tanta garantía, y la carta fue abierta en presencia de todos.

No se habia equivocado el jóven forastero.

En uno de los períodos de aquel escrito, se indicaba el paradero de don Timoteo Unasca, apoderado del marqués de la Ventura, y al fin de la epístola se veia la firma de doña Eloisa Fajardo de Zúñiga.

El triunfo habia sido completo.

Los espectadores del lance convinieron en que aquel jóven era el verdadero marqués de la Ventura, y que el otro elegante no podia menos de ser un truhan de marca mayor.

Con este motivo hubo diversas habillas y comentarios que ocuparon á los huéspedes por largo espacio, y de los que hacemos gracia á nuestros lectores por no interesar al fin de la narracion.

IX.

INDAGACIONES.

Muy lejos estaba de pensar el fingido marqués la tormenta que le amenazaba.

En tanto que los acontecimientos que acabamos de referir tenian lugar en el comedor de la fonda, nuestro héroe se dirigia con lento y magestuoso paso á una bonita casa de la plaza de la Aduana.

La casa en que la noche antes habian entrado la niña de su amor y los respetables papás.

Una muchacha de no mala catadura, se ocupaba en regar la entrada cuando el marqués se presentó á la puerta.

Determinando antes de subir conocer algunos antecedentes sobre el carácter y posicion de las personas á quienes deseaba frecuentar, parecióle conveniente el dirigirse á la jóven, que por su traza y condicion debia ser criada de aquella familia.

—¡Ola, buena moza! la dijo el marqués con el tono mas dulce y cariñoso. Desearia saber si tu amo está en casa.

—¿Cuál de ellos? preguntó la muchacha.

—¿Cuál ha de ser? don... don... ¡voto va! tengo la memoria mas infeliz del mundo·

—¿Don Juan ó don Francisco? añadió la criada.

—Pues, precisamente: don Francisco, el que tiene aquellos bigotazos y gasta tan mal genio.

—Equivoca usted al hermano de la señora con el marido. El señor de los bigotes es mi amo y se llama don Juan.

—Tienes razon, hija mia: ahora recuerdo que la última vez que nos vimos, llevaba un uniforme muy bonito.. dijo el dandy tratando de sacar algo mas en limpio.

—¡Claro está! como que era coronel de artillería á caballo. Pero en las jaranas del año pasado le dieron un balazo en la cabeza. ¡Jesús! yo no sé cómo lo cuento... Lo cierto es, que desde la misma cama pidió su retiro, y ahora vive de sus rentas.

—Hace muy bien: ¡pobre amigo mio! Y su cuñado ¿á qué clase pertenece?

—Don Francisco es propietario de Alcira, y ha venido para asistir á la boda de la señorita Amelia.

—¡Calla! ¿con que se nos casa la niña, eh? ¿Y es buena proporcion el novio?

—¡Caramba, ya lo creo! Todo un capitan de artillería, marqués y por añadidura riquísimo.

Las cejas del elegante se contrajeron de un modo particular.

—No es poca fortuna para tu señorita: dijo con tono menos cariñoso.

—¡Hágase usted cargo qué proporcion! Lo único que falta, es saber su conducta y si tiene buena presencia.

—Pues qué ¿no le conocen tus señores?

—¡Cá! ni por retrato. El novio marchó á América siendo todavía muy niño, y su padre fue quien arregló el negocio del casamiento con mi amo. Dias pasados hubo en casa un disgusto, con la noticia de que el marqués habia perecido en un naufragio; pero poco tiempo despues se recibió carta, anunciando que el novio vivia y que pronto le veriamos en casa.

—¿De suerte que tus amos estarán esperándole?

—¡Vaya, si señor! Sobre todo la señorita Amelia, no tiene sosiego ni un instante.

Mientras la jóven hablaba, el jóven revolvia en su mente mil especies á cual mas estraordinaria. Gracias á la locuacidad de la muchacha, habia podido adquirir los antecedentes que necesitaba, y algunas noticias que debian serle de la mayor utilidad.

Resuelto á realizar su plan de campaña, dió gracias á la pobre criada obligándola con pocos esfuerzos á admitir un napoleon en recompensa de tamaño servicio, y avanzando al interior de la entrada sin detenerse un punto, subió la escalera hallándose al fin delante de una puerta, adornada de relieves y figuras de talla.

Tiró de la campanilla, y al abrirse aquella puerta un criado antiguo de marcial presencia preguntó al jóven el objeto que allí le conducia.

—Deseo ver á don Juan: contestó el dandy.

—Mi amo está almorzando y no recibe á estas horas. Si trae usted algun recado para el señor, yo mismo se lo daré.

—Es inútil: esperaré á que concluya el desayuno. Entre tanto, anúnciele usted mi visita...

—Ya he dicho que no puedo...

Dígale usted que viene á verle el marqués de la Ventura: gritó el jóven incomodado.

Estas palabras produjeron un efecto mágico, no solo en el criado á quien se dirigian, sino en las cuatro personas que sentadas á la mesa habian podido escucharlas, por hallarse el comedor próximo á la puerta de entrada.

Un movimiento general tuvo lugar en toda la casa.

El criado pidió mil perdones á su escelencia el señor marqués, y le condujo á una sala espaciosa y amueblada con el mejor gusto.

Nuestro protagonista ocupó un asiento en un elegante y cómodo vis-á-vis, tomando la postura que le pareció mas espresiva respecto de la situacion íntima en que debia presentarse delante de la familia de don Juan.

Este, no tardó en aparecer acompañado de la respetable señora á quien ya conocemos.

Al mismo tiempo, una hermosa cabeza se dejó ver detrás de la puerta del gabinete. Aquella cabeza era la de Amelia, á quien su padre habia prohibido presentarse en la sala, y que no podia ocultar su curiosidad y el deseo de conocer á su prometido.

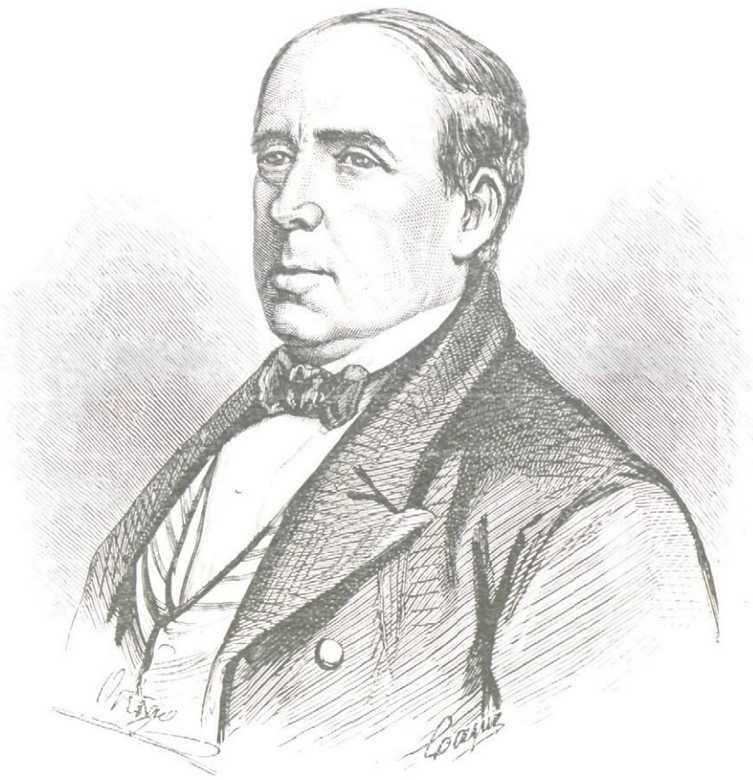
X.

BUEN NEGOCIO.

Lejos de sorprenderse los esposos, al ver que el marqués de la Ventura era el mismo obsequioso caballero que la noche anterior les habia acompañado hasta su casa, pareció como que esperaban su visita de un modo positivo.

—Amigo mio, dijo don Juan: anoche anduvo usted estraordinariamente reservado. El silencio de usted sobre el asunto que le trae á Valencia, y mi natural severidad para con las gentes á quienes no conozco, fueron causa de cierto desaire que no quiero recordar. Gracias á una maravillosa coincidencia, he sabido que el jóven de anoche es el mismo que esperábamos con anuelo, y... ruego á usted perdone mi frialdad...

—De ningun modo debe usted solicitar un perdon que estoy en el caso de implorar para mí, puesto que yo solo fuí el orígen de tales consecuencias. Aparte de esto, quisiera merecer á usted el favor de una esplicacion acerca de la coincidencia maravillosa que le ha hecho conocer mi humilde persona.



DON AGUSTIN DURAN.

—Nada mas sencillo. En este caso no conocíamos á usted sino por el retrato que su difunto padre nos habia hecho. El paraguas que dejó usted anoche en nuestras manos, es el mismo que yo le remití para que al presentarse en Valencia pudiéramos conocerle de un modo positivo. Usted recordará que así lo indiqué en la carta en que le felicitaba por su milagrosa salvacion del naufragio...

—Es cierto: sí, todo lo recuerdo... balbuceó el jóven sin poder hallar una salida del laberinto en que se veia envuelto.

—Permítame usted una observacion, marqués: dijo la señora. Creo hubiese convenido á todos el anuncio de la llegada de usted á esta capital. Así nos habriamos evitado el disgustillo de anoche...

—No se hable una palabra de eso: interrumpió don Juan.

—Señora, añadió el elegante: durante mi estancia en esta ciudad, conviene á mis intereses guardar el mas profundo incógnito. Unicamente á ustedes me he anunciado bajo mi verdadero nombre.

El jóven, como se ve, mentia del modo mas descarado, pues á cuantas personas se habia dirigido les habia hecho conocer desde luego su condicion y su rango, exigiendo á todos el tratamiento que le correspondia.

Hallábase ahora en una posicion sumamente falsa; pero auxiliado por su natural astucia y por los antecedentes que la criada le habia proporcionado, no dudó un instante en realizar sus proyectos, entregándose en manos de la suerte.

—¿De manera, preguntó don Juan, que será breve nuestro placer en verle á usted en Valencia?

—Así es, amigo mio. En el momento que termine algunos asuntos de importancia, me trasladaré con mi esposa á uno de los cantones suizos.

—¡Ay, pobre hija mia! esclamó la madre de Amelia, sin reflexionar que con su esclamacion entraba de lleno en el objeto que todos deseaban tocar, pero que ninguno se atrevia á descubrir por sí mismo.

—No creo, señora, pueda usted abrigar temor alguno respecto al porvenir de su hija. Yo seré para Amelia un padre mas que un esposo...

—¡Dispense usted á mi mujer! Las madres tienen rarezas incomprensibles...

La esposa de don Juan hizo al marqués una profunda reverencia, y salió de la sala enjugándose algunas lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

XI.

UN AÑO EN UN MINUTO.

—Una vez que hemos quedado solos, dijo el jóven, he de suplicar á usted se sirva abreviar por su parte el asunto de nuestro enlace... Deseo que Amelia me dé cuanto antes el título de esposo.

—Es muy sencillo lo que usted quiere. Con dinero, puede lograrse la dispensacion de las tres amonestaciones que se refundirán en una, y luego...

—Sí, sí, ya sé que puede alcanzarse eso... pero yo desearia que usted mismo arreglase el negocio... Hoy es viernes: para el domingo en la noche debe verificarse la boda. El lunes saldremos mi esposa y yo de Valencia.

—¡Diablo! mucha precipitacion es esa... En fin, veremos de arreglarlo todo. Me agrada el carácter vivo de usted que simpatiza con el mio. Lo que ha de hacerse, pronto. Entre tanto no deje usted de venir por acá, y firmaremos los contratos con presencia del notario... Ya sabrá usted que el dote de mi hija es bastante pobre.

—Ruego á usted no hable una palabra sobre el asunto... Amo á la hija de usted por lo que ella es, y no por lo que representa en valores efectivos.

Esta necia proposicion del marqués hizo soltar la carcajada á don Juan, que al mismo tiempo cogió el tirador de la campanilla y llamó repetidas veces.

Presentóse el criado viejo, y el dueño de la casa le mandó avisar á las señoras y á su cuñado que concurriesen á la sala.

Cumplióse la órden, y la madre de Amelia, la preciosa niña y el tio de esta penetraron en la habitacion, prodigando y recibiendo del marqués los mas afectuosos saludos.

La conversacion versó al principio sobre los largos viajes del jóven dandy, su naufragio y salvacion, viniendo á recaer por último en los proyectos que los futuros esposos debian plantear para el porvenir.

A las tres de la tarde se despidió el marqués de aquella familia, habiendo sido invitado para comer al dia siguiente en casa de su novia.

(Se continuará.)

José Garay de Sarti.

A LOS SEÑORES

SUSCRITORES Y CORRESPONSALES.

Los que han sido suscritores por todo el año de 1862 y quieran continuar siéndolo por todo el de 1863, se servirán renovar la suscricion á la mayor brevedad, tanto para que puedan recibir sin retraso el número 1.° del año, como para que podamos remitirles al mismo tiempo el *Almanaque literario del Museo Universal*, lo que se efectua el mismo dia que se recibe el aviso de la renovacion, por lo que rogamos á los señores corresponsales nos den pronto aviso.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.—Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4